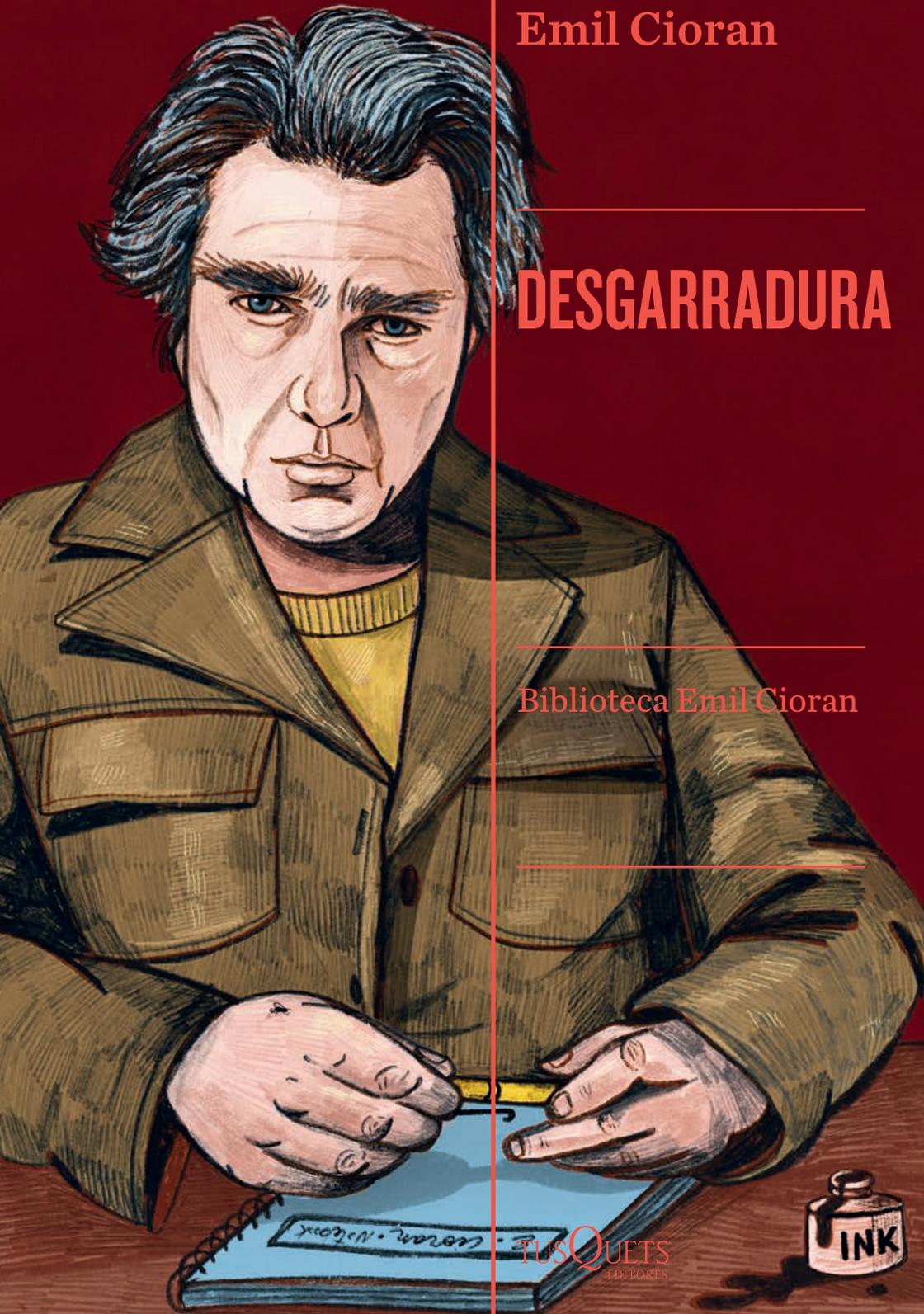


Emil Cioran

DESGARRADURA

Biblioteca Emil Cioran



TUSQUETS
EDITORES

Emil Cioran
DESGARRADURA

Traducción de Amelia Gamoneda

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Écartèlement*

1.^a edición: octubre de 2004

1.^a edición en colección Condición Humana: enero de 2024

© Éditions Gallimard, 1979

© de la traducción: Amelia Gamoneda, 2004

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquets-editores.es

ISBN: 978-84-1107-386-8

Depósito legal: B. 19.016-2023

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Las dos verdades	9
El aficionado a las Memorias	25
Después de la historia	43
Urgencia de lo peor	59
Esbozos de vértigo	75

Sonó la hora de cierre en los jardines de Occidente.

CYRIL CONNOLLY

Según una leyenda de inspiración gnóstica, en el cielo se libró una lucha entre ángeles en la que los partidarios de Miguel vencieron a los partidarios del Dragón. Los ángeles que, indecisos, se conformaron con mirar, fueron relegados aquí abajo con el fin de que llevaran a cabo la elección que no se habían atrevido a hacer allí arriba, elección todavía más penosa si cabe, dado que no conservaron ningún recuerdo del combate y aún menos de su actitud equívoca.

De este modo, el comienzo de la historia tendría por causa una vacilación y el hombre sería el resultado de una duda original, de la incapacidad de tomar partido que sufría antes de su destierro. Arrojado sobre la Tierra para aprender a optar, será condenado al acto, a la aventura, cosa para la que solo estará preparado en la medida en que haya ahogado en él al espectador. Solo el cielo permitía hasta cierto punto la neutralidad; la historia, por el contrario, surgirá como el castigo de quienes, antes de encarnarse, no

encontraban ninguna razón para unirse a un campo antes que a otro. Se entiende así por qué los humanos se muestran tan afanosos por abrazar una causa, por aglutinarse, por reunirse en torno a una verdad. Pero ¿en torno a una verdad de qué especie?

En el budismo tardío, especialmente en la escuela de Madhyamika, se pone el acento en la radical oposición entre la verdad verdadera o *paramarta* patrimonio del liberado, y la verdad corriente o *samvriti*, verdad «velada», más precisamente «verdad de error», privilegio o maldición del no liberado.

La verdad verdadera, que asume todos los riesgos, incluido el de la negación de toda verdad y de la idea misma de la verdad, es la prerrogativa del que no actúa, del que deliberadamente se sitúa fuera de la esfera de los actos y para quien únicamente cuenta la aprehensión (brusca o metódica, eso no importa) de la insubstancialidad, aprehensión que no va acompañada por ningún sentimiento de frustración sino todo lo contrario, ya que la apertura a la no-realidad implica un misterioso enriquecimiento. Para él, la historia será una pesadilla, a la que se resignará dado que nadie está en disposición de hacer realidad esas pesadillas que él desearía.

Para captar la esencia del proceso histórico, o más bien su *carencia* de esencia, no queda más remedio que rendirse a la evidencia de que todas las verdades que acarrea son verdades de error, y que lo son porque atribuyen una naturaleza propia a lo que no la posee, una sustancia a lo que no podría tenerla. La teoría de la doble verdad permite discernir el lugar que ocupa, en la escala de las irrealidades, la historia, paraíso de los

sonámbulos, obnubilación andante. A decir verdad, su falta de esencia no es absoluta, pues es *esencia de engañifa*, clave de todo cuanto ciega, de todo cuanto ayuda a vivir en el tiempo.

Sarvakarmafalatyaga... Hace ya muchos años, tras escribir en una hoja de papel esta palabra fascinante con grandes letras, la colgué en la pared de mi habitación a fin de poder contemplarla durante todo el día. Permaneció allí durante meses y acabé por quitarla al percatarme de que me apegaba cada vez más a su magia y cada vez menos a su contenido. Sin embargo, lo que significa —*desapego del fruto del acto*— reviste tal importancia que quien verdaderamente se dejase penetrar por ella ya no tendría nada que hacer, puesto que habría alcanzado el único extremo válido, la verdad verdadera que anula todas las demás —denunciadas como vacías— y que está vacía también ella misma —pero con un vacío consciente de sí mismo—. Imaginen una toma de conciencia suplementaria, un paso más hacia el despertar: el que lo efectúe no será ya otra cosa que un fantasma.

Cuando se ha alcanzado esta verdad límite, se empieza a tener un papel bien pobre en la historia, una historia que se confunde con el conjunto de las verdades de error, verdades dinámicas cuyo principio, como debe ser, es la ilusión. Los despiertos, los desengañados, inevitablemente endebles, no pueden ser centro de los acontecimientos, debido a que han vislumbrado su inanidad. La interferencia de las dos verdades es fértil para el despertar pero nefasta para

el acto. Marca el principio de un resquebrajamiento tanto para el individuo como para una civilización o incluso para una raza.

Antes del despertar, atravesamos horas de euforia, de irresponsabilidad, de ebriedad. Pero, tras el engaño de la ilusión, viene la saciedad. El despierto está desprendido de todo, es el exfanático por excelencia, que ya no puede soportar el fardo de las quimeras, sean estas atractivas o grotescas. Las ve tan lejanas que no entiende por qué extravió ha podido prendarse de ellas. Les debe el haber brillado y haberse reafirmado. Ahora, su pasado, al igual que su porvenir, apenas le parecen imaginables. Dilapidó su sustancia, a imagen de los pueblos que, entregados al demonio de la movilidad, evolucionan demasiado deprisa, y que, a fuerza de saldar ídolos, acaban por agotar sus reservas. Charron señalaba que, en diez años, había habido en Florencia más efervescencia y más turbulencias que en quinientos años en los Grisones, y llegaba a la conclusión de que una comunidad solo puede subsistir si es capaz de *adormilar* su espíritu.

Las sociedades arcaicas duraron tanto tiempo porque ignoraban el deseo de innovar y de postrarse continuamente ante simulacros diferentes. Cuando se entra en fase de cambio con cada generación, no cabe esperar longevidad histórica. La Grecia de la Antigüedad y la Europa moderna son tipos de civilización precozmente tocadas de muerte debido a la avidez de metamorfosis y al exceso en el consumo de dioses y de sucedáneos de dioses. La China y el Egipto antiguos se apoltronaron durante milenios en una magnífica esclerosis. Lo mismo hicieron las

sociedades africanas antes de su contacto con Occidente. Ellas también están amenazadas porque han adoptado otro ritmo. Tras haber perdido el monopolio del estancamiento, se afanan cada vez más, e inevitablemente van a desmoronarse como sus modelos, como esas civilizaciones febriles, incapaces de extenderse más allá de unos diez siglos. En el futuro, los pueblos que accedan a la hegemonía aún durarán menos: la historia jadeante ha sustituido inexorablemente a la historia al ralenti. ¡Cómo no echar de menos a los faraones y a sus *homólogos* chinos!

Las instituciones, las sociedades, las civilizaciones difieren en duración y en significación, a la vez que se ven sometidas a una ley que quiere que su impulso indomable, factor de su ascenso, se relaje y se asiente al cabo de cierto tiempo, una ley que hace corresponder su decadencia con un debilitamiento de ese generador de fuerza que es el delirio. Comparados con los periodos de expansión —en realidad de demencia—, los de declive parecen sensatos, y lo son, lo son incluso demasiado, lo que los vuelve casi tan funestos como los otros.

Un pueblo que ha llevado a cabo su tarea, que ha gastado sus talentos y explotado hasta el límite los recursos de su genio, expía este logro no volviendo a producir nada más. Ha cumplido con su deber, aspira a vegetar, pero, para su desgracia, no tendrá la ocasión de hacerlo. Cuando los romanos —o lo que quedaba de ellos— quisieron descansar, los bárbaros se sublevaron en masa. En los manuales sobre las invasiones se puede leer que los germanos que prestaban sus servicios en el ejército y en la administración

del imperio tomaban nombres latinos hasta mediados del siglo v. A partir de ese momento, el nombre germánico se generalizó. Los señores, extenuados, en retroceso en todos los sectores, ya no eran temidos ni respetados. ¿Para qué llamarse como ellos? «Un fatal sopor reinaba en todas partes», observaba Salviano, el más acerbo censor de la delicuescencia de la Antigüedad en su última fase.

Una noche, en el metro, me puse a mirar atentamente a mi alrededor: todos veníamos de otra parte... Sin embargo, vi dos o tres caras *de aquí*, siluetas azoradas que parecían pedir perdón por encontrarse en ese lugar. El mismo espectáculo que en Londres.

Hoy, las migraciones ya no se hacen mediante desplazamientos compactos sino mediante infiltraciones sucesivas: se va uno insinuando poco a poco entre los «indígenas», demasiado exánimes y distinguidos como para dignarse seguir teniendo una idea de «territorio». Tras mil años de vigilancia, se abren las puertas. Si se piensa en las largas rivalidades entre franceses e ingleses, y entre franceses y alemanes, se diría que todos ellos, al debilitarse recíprocamente, solo tenían por misión la de acelerar la hora de la derrota común con el fin de que otros especímenes humanos acudiesen a tomar el relevo. Al igual que la antigua, la nueva *Völkerwanderung* suscitará una confusión étnica cuyas fases no pueden preverse con nitidez. Ante semblantes tan dispares, la idea de una comunidad mínimamente homogénea es inconcebible. La propia posibilidad de una multitud tan heterogénea sugiere

que en el espacio que ocupa ya no existía, entre los autóctonos, el deseo de salvaguardar ni siquiera el atisbo de una identidad. En Roma, en el siglo III de nuestra era, de cada millón de habitantes, parece que solo sesenta mil eran latinos de pura cepa. En cuanto un pueblo ha llevado a cabo la idea histórica que tenía la misión de encarnar, ya no le queda ningún motivo para preservar su diferencia, para velar por su singularidad, para salvaguardar sus rasgos en medio de un caos de rostros.

Tras haber regentado los dos hemisferios, los occidentales van camino de convertirse en el hazmerreír de ambos: espectros sutiles, restos de razas en el sentido literal del término, destinados a una condición de parias o de esclavos desfallecientes y flácidos de la que tal vez se libren los rusos, esos *últimos* blancos. Porque aún les queda el orgullo, ese motor, no, esa *causa* de la historia. Cuando una nación carece de él y deja de considerarse la razón o la excusa del universo, se excluye a sí misma del devenir. Ha *entendido* —para su felicidad o su desgracia, según se mire—. Si desespera al ambicioso, en cambio fascina al meditabundo y ligeramente depravado. Solo las naciones peligrosamente desarrolladas merecen interés, sobre todo cuando se mantienen relaciones dudosas con el Tiempo y cuando uno da vueltas alrededor de Clío por necesidad de castigarse, de flagelarse. Es precisamente esa necesidad la que impulsa las empresas, tanto las grandes como las insignificantes. Cada uno de nosotros obra en *contra* de sus intereses: no somos conscientes de ello mientras actuamos, pero examinemos una época cualquiera y veremos que

casi siempre nos agitamos y nos sacrificamos por un enemigo virtual o declarado: los hombres de la Revolución por Bonaparte, Bonaparte por los Borbones, los Bordonos por los Orleans... ¿No será que la historia solo inspira mofas y carece de meta? No, tiene más de una meta, incluso tiene muchas, pero las alcanza *al revés*. El fenómeno se puede verificar universalmente. Hacemos lo contrario de lo que hemos perseguido, avanzamos en contra de la bonita mentira que nos hemos propuesto; de ahí el interés de las biografías, sin duda el menos aburrido de los géneros dudosos. La *voluntad* nunca ha prestado buen servicio a nadie: las cosas más discutibles que hemos producido son las que más nos importaban, aquellas por las que nos hemos impuesto las mayores privaciones. Y ello vale tanto para un escritor como para un conquistador, o para quien sea. El final de cualquiera de nosotros invita a hacer tantas reflexiones como el final de un imperio, o el del propio hombre, tan orgulloso de haber conquistado la postura erecta y tan preocupado por perderla, por volver a su apariencia primitiva, en resumidas cuentas, por acabar su carrera como la había empezado: encorvado y velludo. Sobre cada ser pesa la amenaza de retroceder hacia su punto de partida (como para ilustrar la inutilidad de su recorrido, y de cualquier recorrido) y quien logra sustraerse a esa amenaza da la impresión de que está ocultando un deber, de que rehúsa entrar en el juego inventándose un modo de decadencia excesivamente paradójico.

El papel de los periodos de declive es el de poner a una civilización al desnudo, el de desenmascararla, el de despojarla de sus prestigios y de la arrogancia ligada a sus logros. Así esa civilización podrá discernir lo que valía y lo que vale, lo que había de ilusorio en sus cuitas y sus convulsiones. En la medida en que se desprende de las ficciones que le dieron renombre, dará un paso considerable hacia el conocimiento..., hacia el desengaño, hacia el despertar generalizado, avance fatal que la proyectará fuera de la historia, a no ser que, sencillamente, se despierte porque deja de estar presente y de brillar en ella. La universalización del despertar, fruto de la lucidez —fruto esta a su vez de la erosión de los reflejos—, es señal de emancipación en el orden del espíritu y de capitulación en el de los actos, en el de la historia precisamente, una historia que se reduce a un certificado de quiebra: en cuanto dirigimos hacia ella nuestras miradas, nos encontramos en la situación de un espectador consternado. La correlación mecánica que se establece entre la *historia* y el *sentido* constituye el tipo perfecto de la verdad de error. La historia conlleva un sentido, si así se le quiere llamar, pero ese sentido la pone en cuestión, la niega en cada instante y, de ese modo, la vuelve excitante y siniestra, lamentable y grandiosa, en una palabra, irresistiblemente desmoralizadora. ¿Quién podría tomarla en serio si ella misma no fuese el camino por antonomasia de la degradación? Solo el hecho de prestarle atención dice bastante sobre lo que es, dado que la conciencia que de ella tenemos, según Erwin Reiser, es síntoma del final de los tiempos (*Geschichtsbewusstsein ist Symptom der Endzeit*). De hecho,

no podemos estar obsesionados por la historia sin obsesionarnos por su término. El teólogo reflexiona sobre los acontecimientos *con vistas* al Juicio Final; el ansioso (o el profeta) con vistas a un decorado menos fastuoso pero no menos importante. Uno y otro cuentan con una calamidad análoga a la que los indios Delaware proyectaban en el pasado, y durante la cual, según sus tradiciones, no solo los hombres, sino también los animales, rezaban de terror. ¿Y los periodos serenos?, se objetará. Innegablemente existen, pese a que la serenidad solo sea una brillante pesadilla, un calvario más que *logrado*.

Imposible admitir, como hacen algunos, que lo trágico sea patrimonio del individuo y de ninguna manera de la historia. Lejos de poder escapar, la historia está más sometida y más marcada por ello que el propio héroe trágico, pues la manera en que evoluciona se halla en el centro de la curiosidad que suscita. Nos apasionamos por ella porque sabemos por instinto qué sorpresas la acechan y qué admirable escapatoria ofrece a las aprensiones... Sin embargo, para una mente sagaz, no añade gran cosa a lo insoluble, al *sin-salida* original. Al igual que la tragedia, no resuelve nada porque no hay nada que resolver. Es la inseguridad la que nos hace espiar siempre el porvenir. ¡Lástima que no podamos respirar como si los acontecimientos, en su totalidad, estuviesen suspendidos! Cada vez que se hacen notar en demasía, nos invade un acceso de determinismo, de rabia fatalista. Mediante el libre albedrío, únicamente explicamos la *su-*

perficie de la historia, las apariencias que reviste, sus vicisitudes externas, pero no las profundidades, el curso real, que, pese a todo, conserva un carácter desconcertante, incluso misterioso. Nos deja atónitos el hecho de que Aníbal, después de Cannas, no arremetiera contra Roma. De haberlo hecho, hoy nos vanagloriaríamos de descender de los cartagineses. Sostener que el capricho, el azar, y por lo tanto el individuo, no desempeñan ningún papel es una necesidad. Sin embargo, cada vez que consideramos el devenir en su conjunto, el veredicto del *Mahabharata* regresa invariablemente a la mente: «El núcleo del Destino no puede deshacerse; nada en este mundo es resultado de nuestros actos».

Víctimas de un doble maleficio, zarandeados entre las dos verdades, condenados a no poder elegir una si no es para, enseguida, echar de menos la otra, somos demasiado clarividentes como para no estar desencantados y de vuelta de la ilusión y de la falta de ilusión; somos por ello semejantes a Rancé, quien, prisionero de su pasado, dedicó su existencia de eremita a polemizar con aquellos a los que había abandonado, con los autores de libelos que ponían en duda la sinceridad de su conversión y lo bien fundado de sus empresas, con lo que demostró que era más fácil reformar la Trapa que sustraerse al siglo. Del mismo modo, nada más fácil que denunciar la historia; en cambio, nada más arduo que desgajarse de ella, ya que de ella emergemos y puesto que no se deja olvidar. La historia es obstáculo a la revelación última, es

traba que únicamente logramos hacer añicos tras percibir la nulidad de todo acontecimiento, salvo la del que representa esta percepción misma, y gracias al cual alcanzamos en ciertos momentos la verdad verdadera, es decir, la victoria sobre todas las verdades. Entendemos entonces la palabra de Mommsen: «Un historiador debe ser como Dios, debe amarlo todo y a todos, incluso al diablo». En otros términos, debe dejar de preferir, perseverar en la ausencia, en la obligación de no ser ya nada. Es lícito imaginarse al liberado como un historiador repentinamente tocado por la intemporalidad.

Solo tenemos elección entre verdades irrespirables y supercherías saludables. Únicamente las verdades que no permiten vivir merecen el nombre de verdades. Superiores a las exigencias de lo vivo, no consienten en ser nuestras cómplices. Son verdades «inhumanas», verdades de vértigo que rechazamos porque nadie puede prescindir de apoyos disfrazados de eslóganes o de dioses. Lo que resulta desconsolador es ver que en cada época son los iconoclastas o los que pretenden serlo quienes suelen recurrir a las ficciones y a las mentiras. Muy tocado tenía que estar el mundo antiguo para necesitar un antídoto tan grosero como el que habría de administrarle el cristianismo. El mundo moderno no lo está menos, a juzgar por los remedios cuyos milagros espera. Epicuro, el menos fanático de los sabios, fue el gran perdedor de entonces, y aún sigue siéndolo. Nos sobrecoge la extrañeza e incluso el espanto cuando oímos que los

hombres hablan de liberar al Hombre. ¿Cómo podrían los esclavos liberar al Esclavo? ¿Y cómo creer que la historia —procesión de equívocos— pueda perdurar por mucho más tiempo? Pronto sonará la hora de cierre en los jardines de todas partes.